

En vano por consolarle  
Sus amigos se afanaron,  
Sus pueblos le victorearon,  
Y la gloria le aduló;  
El se encerró en su aposento,  
Y en soledad noche y día,  
La razón y la porfía  
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,  
Amigos fieles y viejos,  
"No necesito consejos  
Respondió, sé como obrar."  
Y aunque adusto y cabizbajo,  
Bien en su faz se veía  
Que algo resuelto tenía,  
Imposible de mudar.

## CAPITULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE  
UNA AVENTURA DIGNA DE SER  
MEJOR CONTADA.

De un montecillo estraviado  
Sobre la empinada loma,  
Como escondida atalaya  
Puesto entre Francia y Borgoña,  
Hubo, según un cronista,  
Allá en edades remotas,  
Un castillo inhabitado  
De manos francesas obra.  
Pertenece en los tiempos  
A que alcanza nuestra historia,  
A un segundo pendenciero  
De familia poderosa.  
De modo que en su recinto,  
Roido por la carcoma,  
No había más que un alcaide  
Con guardia holgazana y poca.  
Y como donde hechos faltan  
Fábulas del vulgo sobran,  
De él relataban mil cuentos  
Los pueblos á la redonda.  
Todo invenciones acaso,  
Mas siempre lo falso apoya  
Alguna verdad oculta  
Entre mentiras de monta.  
Y es así que no hay castillo  
Ruinoso, ni ermita sola,  
Donde mil negras visiones  
Crédulo el vulgo no esconda;  
Mas no hay una de esas fábulas  
Imposibles y espantosas  
Que no haya tomado origen  
De un hecho que el vulgo embrolla.  
Tal era nuestro castillo,  
Mansion solitaria y lóbrega,  
Vivienda, según el pueblo,  
De fantasmas y de sombras.  
Jamás se abrían sus puertas  
Sino á medias y á deshora;

Jamás por ellas entraban  
Sino á lo más de dos personas.  
Nadie por ellas salía  
Tras conversacion sabrosa,  
Ni aun en busca de viandas  
De gente que existe propias.  
Todo lo cual era cierto,  
Porque el alcaide en Perona  
Almacenaba por años  
Su provision, que aunque corta  
Bastaba para su gente,  
Que descuidada y ociosa  
En la ciudad se ocupaba.  
Todo el año sin zozobra.  
Y en esto siempre sus amos  
Hicieron la vista gorda,  
Pues nunca anduvo la paga  
De la guarnicion de sobra.  
Ellos se buscaban vida  
En la ciudad más gustosa,  
Donde hallaban amos ricos,  
Juegos, pendencias y mozas;  
Y en caso de una imprevista  
Necesidad poderosa,  
Siempre en el castillo hallaban  
Casa grande y mesa sóbria.

Los años de novecientos  
Y ochenta y seis, (ó era próxima)  
Corrían cuando una noche  
Oyó el alcaide á deshora  
Al otro lado del foso,  
Producida en una trompa  
Aguda señal de aviso  
Que redoblaba imperiosa.  
Bajó el puente y en el patio  
Entró sin ceremonia  
Un hombre, que dijo á voces  
Desde el caballo que monta,  
—¡Ola alcaide! vuestros amos  
Llegan mañana á estas horas.  
—Mañana! exclamó el alcaide,  
Válganos nuestra Señora  
Del Hoyo, y están las gentes  
En la ciudad.

—Nada importa,  
Buen viejo, repuso el otro,  
Los amos traerán su escolta,  
Y á más el secreto encargan  
Y grande.

—Secretos... ¡oiga!  
—Y así que todo esté listo,  
Y nada de ir á Perona  
A garlar como mujeres.  
¿Con que lo oye? punto en boca.

Metió su jaco en la cuadra,  
Tomó la escalera lóbrega  
De la torre, y pidió al punto  
Cena fuerte y cama cómoda.  
Y por más que ensartó el viejo  
Unas preguntas tras otras,  
No le sacó más palabra  
Que *estad listo y punto en boca.*

Y no mintió el mensajero,  
Pues de su lecho de rosas  
Del día siguiente apenas  
Se levantaba la aurora,  
Cuando el señor del castillo  
Sobre una yegua fogosa  
Cruzaba el puente seguido  
De unas catorce personas.  
Dos eran damas cubiertas  
Con largos velos, las otras  
Criados, y gentes de armas  
De faz amenazadora.  
Y en verdad que su talante  
Y aparicion misteriosa,  
Nada de bueno auguraban  
A hablar como gente de honra.

Tenia aquel castillo  
Todo en redor del monte en que se alzaba,  
Un frondoso y ameno parquecillo  
Donde un arroyo limpio murmuraba;  
Y entre guijas bullendo,  
Por entre árboles mil serpenteando,  
Ya en remansos sus aguas deteniendo,  
Ya por cuevas sus aguas despeñando,  
El parque por do quier iba cubriendo  
De gruesos chopos ó de césped blando,  
Dando al par su corriente cristalina  
Música y sombra á la mansion vecina.  
El espeso follaje  
Y la fresca estension de su ramaje  
Entoldando la yerba en el estio,  
Y en el invierno crudo  
Guardando el valle contra el cierzo frio  
Penetrante y agudo,  
A la paz y al reposo convidaban;  
Y así á su rica amenidad venian  
Y en su centro anidaban  
Mil avecillas que hasta allí llegaban  
Y contentas en él se guarecian.  
No había allí tocado por fortuna  
Del hombre protector la torpe mano,  
Y sin lesion alguna  
Prosperaba en invierno y en verano.

En sus cuadros campestres  
Sin ayuda de riegos, ni semillas,  
A su capricho y voluntad brotaron  
Mil rosales silvestres,  
Que del agua las márgenes bordaron  
Con varia multitud de florecillas;  
Y en medio de ellas sin pudor se alzaron  
Tal vez de sus colores envidiosas  
Amapolas y malvas temblorosas,  
Romero y madre selvas amarillas.  
Ni tampoco faltaron  
En el vicioso césped, escordidos  
Los lirios, por el sol descoloridos,  
Los jacintos morados,  
Las anchas acederas,  
Las pródigas junqueras,  
Y las altivas y sonantes cañas  
Rodeadas de mimbrres y espadañas;  
Y aun al pié de una pña guarecidas

Del cierzo y de las ráfagas inquietas,  
Se levantaron de perfume henchidas  
Tempranas y odoríferas violetas.  
Aquí, pues, una tarde  
Ya cercano á su fin el claro día,  
Al pié de una cascada  
Que la corriente hacia  
Por encima de una peña despeñada,  
En el mullido césped recostada  
Una niña hermosísima se vía.  
La sien sobre la mano,  
Sobre la yerba el codo  
Permanecía inmóvil de tal modo,  
Que alguno la juzgara fácilmente  
De acertado escultor obra excelente,  
Trasunto de un modelo soberano.  
Sus dulces ojos de tristeza llenos  
Fijos en la corriente fugitiva  
No brillaban amantes y serenos,  
Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,  
Y á través de una lágrima ardorosa  
Miraban la corriente distraidos  
Con expresion doliente y lastimosa.  
Y su frente nublada  
Con hondos pliegues de dolor sulcada,  
Su faz descolorida y ojerosa,  
Y sus mejillas faltas  
De su matiz purísimo de rosa,  
Demostraban bien claro  
Que en su cándido espíritu inocente  
El pesar se cebó traidoramente.  
Ella en sus pensamientos embebida  
De su propio aislamiento se olvidaba,  
Y el aura estremeciéndole atrevida  
Los ligeros adornos,  
Con que cubierta su beldad llevaba,  
Sus puros y bellísimos contornos  
Descubría á traicion cuando pasaba.  
Y el hombro torneado,  
Y el trasparente cuello,  
Y el pecho entre los rizos mal velado  
De su rubio cabello  
Por la espalda y los hombros destrenzado,  
Y sus menudos piés mal escondidos  
Entre los pliegues de la suelta falda,  
Deshechos á los soplos atrevidos  
Del aura licenciosa,  
Todo sin gran pesar lo descubría  
La vista cuidadosa  
De un viejo peregrino que subía  
Por la empinada cuesta trabajosa.  
Y aunque avanzaba el viejo  
Cada vez con más prisa y más recato,  
La niña sin consejo  
No curaba abismada en su amargura  
Los hechizos velar de su hermosura;  
Y así mientras el viejo peregrino  
Por la cuesta subía  
Con cada pié menguando su camino,  
La hermosa niña sin temor yacía  
A sus solas llorando su destino.  
Llegó por fin donde el arroyo manso  
Para rodar mejor por la cascada



Parándose tenaz labró un remanso,  
Y con voz cariñosa  
Y sonrisa halagüeña  
Dijo á la niña: "¿Qué haces, Blanca hermosa,  
Tan sola en esa Peña?"—  
Y en sí volviendo con su voz la niña  
Los ojos en redor tendió asombrados  
Y; *¿Quién me nombra!* preguntó risueña.  
—¿Quién sino yo, la replicó el viajero  
Que de tu mal dolido  
Librarte dél ó consolarte quiero.  
—¿Ay señor! dijo Blanca suspirando,  
Que completo mi mal no habeis sabido  
Cuando me estais remedios augurando.  
—¿Quién sabe ¡pobre niña! si mi ciencia  
Podrá alcanzar para tu mal remedio?  
—¿Tan sabio sois?

—Tan sabio,

Que si tal vez me cuentas por tu labio  
Todo el mal que padeces  
Creo tener para curarle medio.

Quedó Blanca mirando al peregrino  
Tal promesa y palabras escuchando,  
Y á su lado sentándose el buen hombre  
Desta manera á Blanca siguió hablando.  
—¿No es tu padre un hidalgo poderoso  
Señor de ese castillo?  
Dí; no es tambien tu madre  
Esa hermosura de quien es esposo?  
—¿Ay! ni él parece á la verdad mi padre,  
Ni ella fué nunca sino monstruo odioso  
Que me robó mi paz y mi ventura,  
Envidiosa tal vez de mi hermosura.  
—¿Con que es tan bella y tan...

—No hablemos de ella?

Que solo con oír su nombre infando  
Se me estremece el corazón temblando,  
Y por ella no ceso  
De vivir suspirando.  
—¿Tan dañina ha de ser quien es tan bella?  
—Creedme que lo es: por ella solo  
Yo que nací contenta y virtuosa,  
Yo que siempre viví tranquilamente,  
¡Ay! de oveja inocente  
Me he trocado en serpiente venenosa.  
Porque nací señora  
Y ella esclava me ha hecho,  
Menos que esclava, sí, que á cada hora  
Con el puñal agudo  
De una injuria mortal me hiere el pecho.  
Ella me hizo á mi padre aborrecida,  
Y así ¡ay de mí! cuando á mi padre acudo  
El maldice colérico mi vida.  
Porque todo su amor, por ella hurtado  
Ella sola lo tiene, y avarienta  
Del cariño y del oro  
Que mi mísero padre la ha mostrado,  
Las tristes horas de mi vida cuenta  
De su amor heredera y su tesoro.  
Y así paso la vida  
Viéndome á todas horas despreciada,  
Sin duelo castigada

Mi belleza si existe y maldecida.  
Y dan por hijas de una mente loca  
Las sentidas razones de mi boca,  
Llamándome si mísera me quejo  
Atrevida mozueta sin consejo.  
Y los viles vasallos que me miran  
Tan sola y sin amparo,  
No hallan en injuriarme algun reparo,  
Y olvidando el respeto que me deben  
Todos á la hija del señor se atreven.  
Y yo; triste de mí! sin mas consuelo  
Que llorar á mis solas con mi duelo,  
De los míos mofada y los estraños,  
Sin esperar favor de tierra y cielo  
Huir contemplo mis floridos años;  
Y á solas me consumo,  
Y en lágrimas mi vida se deshace  
Cual flor que el rayo desvanece en humo.

Y así diciendo la apenada Blanca,  
Con iracunda mano  
Los bellos rizos de su frente arranca,  
Y ofende su semblante soberano,  
Maldiciendo á la faz del peregrino  
La injusticia fatal de su destino.  
Hasta que él sujetándola los brazos  
Y teniéndola en nudo cariñoso  
Asida dulcemente,  
Con amorosa voz y acento amigo  
La dijo así teniéndola consigo:  
—Serena, hermosa mía!  
Serena, sí, tus ojos de paloma,  
Que ya feliz de tu ventura el día  
Por el oriente purpurino asoma.  
Escucha ¡Blanca bella!  
La voz enamorada  
De tu libertador, y oír en ella  
Tu alma acoñojada  
Consoladora música encantada.

Yo nací ¡oh Blanca! en tierras muy remotas,  
Rico y feliz, pero la suerte avara  
Dicha muy en breve me vendió muy cars;  
Todas al fin mis esperanzas rotas  
Juguete de la suerte me hallé un día,  
Y en brazos me lancé de la fortuna,  
De ella y de mí sin esperar ninguna.  
Largo tiempo á través de las fatigas  
Erré cruzando el arenal del mundo  
Ya por campo feraz rico de espigas,  
Ya por campo erial lleno de espinos,  
Ya por montaña estéril,  
Ya por valle fecundo  
Surcado por arroyos cristalinos,  
Del invierno arrostrando los furoros  
Y espuesto del verano á los ardores.  
Pasé al fin por tu patria ¡Blanca hermosa!  
Y al punto en que te ví, ciego y sin tino  
Corriendo tras tu huella luminosa  
Perdí mi pensamiento y mi camino.  
Lancéme tras de tí, seguí tus pasos,  
Atravesé la Francia  
Y llegué de Borgoña á la frontera  
Siempre en pos de tu rápida litera.

Ahora responde, ¡oh Blanca! yo soy dueño  
De un país rico y fértil lejano,  
Esto que vés en mí todo es un sueño;  
Este viejo disfraz con que me embozo  
Encubre como vez un noble mozo;  
Si me quieres seguir, esta es mi mano.

Y así hablando el fingido peregrino  
El bizarro semblante  
De su postiza barba separaba,  
Y su semblante juvenil mostraba  
De valor nobilísimo radiante.  
Y la niña infeliz le contemplaba  
Cual bella aparición que ante la vista  
El viento cruza y en el viento posa,  
Y vá sobre una ráfaga imprevista  
Iluminando el aura vagarosa.

Con sonrisa pueril, con mano incierta  
La creída vision contempla y toca,  
Y á concebir no acierta  
Una idea su mente, un ¡ay! su boca.  
Que la triste al pesar acostumbrada  
Inaccesible al bien escucha y mira,  
Y á la voz del placer embelesada  
Tal vez por no ahuyentarle no respira  
Mas mientras ella goza  
Con la idea del bien que aun no comprende,  
Y el pensamiento con los ojos tiende  
Por el azul espacio cristalino,  
Siguió de esta manera el peregrino:  
—Blanca pura y hermosa!  
Yo te puedo tornar rica y dichosa:  
Yo puedo sustraerte  
Llevándote conmigo  
De una existencia triste y trabajosa,  
Que acaso ¡ay Dios! te llevará á la muerte.  
Pero tu honra es primero,  
Y pues nací con honra y caballero,  
Obtendré de tu padre la licencia,  
O forzaré su gusto  
Si á nuestro bien opone resistencia.  
—¿Ay! si de él esperais consentimiento  
Jamás le otorgará!

—Con tiempo y maña

Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento  
Que ayudándome tú; querida mía!  
O neciamente el corazón me engaña,  
O de tu libertad despunta el día.  
Escucha, Blanca, bien en el sosiego  
De una tarde serena  
Cuando tu gente salga  
Por la floresta amena,  
Al compás de un laud el peregrino  
Contará dulcemente  
Los himnos del monarca penitente.  
Y la música ¡oh Blanca!  
Es talisman que lo imposible vence,  
Y del alma mas terca y mas bravia  
El pensamiento mas feroz arranca.  
Por una sola noche  
Demandaré un albergue en el castillo,  
Y sin que nadie á sospecharlo alcance,  
En el silencio de la noche umbría

A solas con tu padre razonando  
Lograré que consenta; y mas llegando  
A saber con mi nombre  
La razón de dejar la patria mia.

Y aquí corta el cronista  
De quien copio esta historia  
El hilo de su cuento, y no hallo justo  
Poner yo lo demas de mi memoria.  
Solo nos dice al cabo de dos hojas  
De inútil razonar, que ambos amantes  
De una acacia á los piés se despedían,  
Jurándose por vida ser constantes  
Al amor que los dos se prometían.  
Lo que el viejo hablaria no se sabe,  
Mas creo que seria bueno y mucho  
Pues era en tales lances harto ducho  
El tal Romero, y el negocio grave.  
Ello es, caro lector que anochece,  
Y apartados al fin, con paso lento  
Cada cual á su albergue se volvía,  
El al lugar á meditar su intento,  
Y ella á sus torres á esperar el día.

#### CAPITULO IV.

#### EN DONDE VERA EL LECTOR, SI TIENE PACIENCIA, EL FIN DE LA COMEN- ZADA HISTORIA.

Era una noche del Abril serena,  
La luna en el cenit resplandecía  
Y el aura erraba de perfumes llena  
Que en las tempranas flores recogía.  
De esas noches azules, deliciosas,  
Que solo ideas del placer producen,  
Y que solo para almas venturosas  
Para fugenas de amor voluptuosas  
Con fugitivos resplandores lucen.  
Todo yacia en lánguido reposo  
En torno del castillo solitario,  
Circundado de ambiente vaporoso,  
Cuyo velo entoldaba misterioso  
La lejana estension del campo vario.  
Todo en tranquila soledad yacia;  
Y solo alguna vez lánguido y lento  
Partido en frases sin compás se oía,  
Un pausado cantar que se perdía  
Por la tranquila cavidad del viento.  
Y esta es la única voz que muchos años  
El nocturno silencio ha interrumpido  
De este castillo triste abandonado,  
Y esta es la única voz que han repetido  
De sus bóvedas hondas por los huecos  
Los recónditos ecos  
Ya á los acentos del placer estraños.

Las aves que se anidan  
En sus rotas almenas  
El insólito canto oyen medrosas,



Los pardos ojos asomando apenas  
Por las grietas añosas.  
Y con el son extraño desveladas,  
Sus ecos por el aire desparcidos  
Alguna vez apoyan asustadas  
Con graves y monótonos graznidos

Y el castellano en tanto,  
Señor de aquella antigua fortaleza,  
Paga de un viejo trovador el canto  
Haciendo ostentacion de su grandeza,  
Y le paga el cantor el hospedaje  
Dejando á su lado su bordon bendito,  
Para cantar la historia de su viaje  
Mientras que el huésped sacia su apetito.  
En medio de un salon entapizado  
Sobre mesa anchurosa  
Y delante de una ancha chimenea  
Magro tasajo humea,  
Y de las llamas al amor sentado  
En frente de la hermosa castellana  
El baron se harta del castillo dueño,  
Y dá al placer el tiempo que es del sueño,  
La voluntad torciendo soberana  
Con que Dios hizo al mundo,  
Cuando animando el caos do yacia  
La negra noche separó del dia.

A sus piés y en un pico de la alfombra  
De la llama á la sombra  
Entonaba su cántico divino  
Un sonoro laud pulsando diestro  
El mismo misterioso peregrino,  
Que de figura y caracteres muda  
De Blanca por añor, y que sin duda  
En música y amor es gran maestro.  
Las viandas gustaba  
Blanca en silencio mientras él cantaba,  
Y si su padre el cántico aplaudia  
Con recelosos ojos le miraba,  
Y en silencio seguia:  
Mas si el baron la copa le alargaba  
El peregrino sin temor bebia.  
Y el baron al compás de las canciones  
Doblaba sin pensar las libaciones,  
Hasta que ya ecsaltada la cabeza  
Y alegre el corazon con el Borgoña  
Que á dejarse sentir acaso empieza,  
Perdió su gravedad mal simulada  
Rompiendo en poderosa carcajada.  
Y necia ostentacion echando fuera  
Interrumpió al cantor de esta manera:  
—Dejad los salmos, que en verdad, buen hombre,  
Que aunque santos son poco divertidos  
Para halagar con ellos  
De un hidalgo que cena, los oidos.  
Decid ¡cómo os llamais?

—No tengo nombre.  
—Qué ¡no os han bautizado?  
—El nombre que me dieron  
En la pila, señor, se me ha olvidado.  
—¡Tambien el suyo vuestra gente ignora?  
—No hay de mi gente ahora  
Ni un individuo, todos perecieron

A manos de una peste asoladora.  
—Mas con nombre ó apodo  
Os han de distinguir de cualquier modo.  
—Llámanme, gran señor, Juan del Desierto.  
—Y es un nombre magnífico por cierto.  
—Y otro no he de llevar, por vida mía!  
Hasta que un voto que ofrecí, cumpliendo  
Con el nombre y la faz que antes tenia,  
Pueda á mi patria con honor volviendo  
Salir ufano ante la luz del dia.  
—¿Y cuál es vuestra patria?  
—El desierto, señor. ¡Pues no os lo dije?  
—¡Por Dios que sois bizarro!  
No alcanzo en el desierto que os affige  
Volvais ó no volvais, en él ninguno  
Habrá que os eche en cara  
Mancha ó desdoro en vuestro honor alguno  
Desde vuestro bautismo.  
—Negocios son de casa y de familia  
Que se han de consultar consigo mismo.  
—Teneis razon, buen hombre,  
Porque así como así por un necio  
De familia tambien, no uso mi nombre.  
—Gózome, pues, de haceros compañía  
Pareciéndome á vos, mas con permiso,  
¿Cuándo le cobrará su señorío?  
—Por ser vos galán al mismo tiempo  
Que vos le recobreis.

—De esa manera  
Vuestro nombre postizo echad á fuera  
Que yo lo haré mañana antes del dia.  
—Qué me place! brindad con ese vaso  
Para cantar mejor.  
—En ese caso  
Decid á quién el brindis se destina  
O dadme vuestro nombre será á ellos,  
—Brindad, pues, á Lotario y Argentina.  
—Lo merecen ¡pardiez! que son muy bellos.

Y levantando las copas  
A la par ambos á dos,  
Al mismo tiempo brindaron  
Todo apurando el licor.  
Volver al canto en seguida  
El peregrino intentó,  
Mas se trababa su lengua  
Sin dar con otra cancion.  
Hasta que al dar á una estrofa  
Un tono desgarrador,  
Los párpados poco á poco  
Sin concluir la cerró:  
El cuerpo desfallecido  
Tendiendo al dulce calor,  
Y en sueños tal vez luchando  
Con su enronquecida voz,  
A quien ahoga la estrecha  
Dificil respiracion.

Esto que vió del castillo  
El soñoliento señor,  
—“Lo entiende! dijo mirándole  
“Sigámosle, voto á Dios!”  
Y asiéndose de su esposa  
Para tenerse mejor

¡Alúbrame! dijo á Blanca,  
Y en su cámara se entró.  
Quedó la estancia en silencio  
Sin oirse al derredor  
Mas que el chispear de los tizos  
Y de las llamas el son.  
Mas apenas en la puerta  
Blanca otra vez pareció,  
Cuando el peregrino alzándose  
Con rápida precaucion  
Asiéndola de las manos  
Hablóla en este tenor:  
Blanca, esta noche conmigo  
Otro peregrino entró,  
Búscales y á este aposento  
Traemele al punto.

—Señor  
¿Qué intentais!  
—Que no haya obstáculo  
En tu padre á nuestro amor.  
Yo sé que tengo palabras  
Con que ponerle en razon,  
Y es un secreto que importa  
Consultarlo entre los dos.  
—Pero  
—Me amas. . . . ¿Quieres necia  
A tu vida de dolor,  
A tus antiguos pesares  
Volver para siempre?

—Ah, no.  
—Pues obedéceme y calla,  
Que te juro por mi honor  
Que has de ser esposa mia  
Tras esta conversacion.  
Y hablando así el peregrino  
Blandamente la empujó,  
Y á la puerta la condujo  
Cerrándola de ella en pos.

De este negro castillo abandonado  
En cómodo y recóndito aposento,  
Triste y opacamente iluminado  
Con la luz amarilla  
De escasa y embozada lamparilla,  
Vió á esconder su amor á otro robado  
La que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo  
Llore en su yermo y despreciado lecho  
La herida que ella le dejó en el pecho,  
Si ella rie su impúdica torpeza  
En brazos del amante licencioso  
Que goza en paz de su fatal belleza?  
¿Qué importa, sí, que llore y desespere,  
Como ella con su amante nunca espere  
Que sepa el infeliz su oculto asilo,  
Para que nunca pueda  
Ir á turbar su porvenir tranquilo?  
Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra;  
Y al fin burlada su esperanza queda  
Cuando tal vez la precaucion le sobra.  
Ignoraba tal vez el mundo entero  
De la esposa perdida la morada,

Del pérfido galán el paradero,  
Y Castilla indigna  
Y la misma Tolosa avergonzada  
Las huellas le seguian,  
Y topar con su rastro no podian.  
Y Argentina y Lotario  
Reposaban en blando y dulce sueño  
Dentro de su castillo solitario.  
Y ella apenas dormida  
Del fuerte cuello de su amante asida,  
Y á medias descubierta,  
Leve sonrisa sobre el fresco labio  
Y en él palabra produciendo incierta  
De amante pensamiento concebido,  
Con el cabello en rizos destrenzado  
Y en la almohada tendido,  
Y el pecho contornado levemente  
Tras el lino sutil y transparente,  
Estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,  
Como nunca á la mente de algun niño  
La casta imágen del primer cariño  
En sueños se ofreció resplandeciente.  
El reclinado entre sus brazos bellos  
Y tal vez harto de placer, dormia  
Mullido cabezal hallando en ellos.  
Pero sonó á deshora  
Confuso son de pasos por la estancia,  
Y faltando la luz consoladora  
Menguaba de los pasos la distancia.  
Y una persona que llegaba á oscuras  
Con pié callado y precaucion traidora  
Del lecho así las anchas colgaduras.  
¿Quién vá? dijo Lotario despertando,  
Mas no oyendo respuesta  
Iba á saltar del lecho  
Cuando su golpe por su voz guiando  
Un agudo puñal llegó á su pecho,  
Ante sus ojos vengador brillando.  
Lanzóse al punto la infeliz belleza  
Un socorro á implorar desatinada,  
Y en brazos del incógnito cayendo  
¡Amparadme! gritó desalentada.  
Mas en la sombra sujetarse viendo  
Transida de terror y maravilla  
—¿Quién está aquí? pregunta vacilando,  
Otra voz á la suya contestando:  
¿Quién ha de ser? El conde de Castilla.  
Cayó de hinojos Argentina al suelo  
Con dolorosa voz y amargo duelo  
Piedad clamando al conde,  
Pero él con ronca voz, en vano esperas,  
En la sombra responde,  
Que resolví tambien tu desventura  
Que por no vacilar con tu hermosura  
Maté la luz porque á mis piés murieras.  
Y animando su ofensa á su venganza  
Se dispuso á cumplirla  
De la infeliz mujer sin esperanza  
Buscando el corazon antes de herirla.  
Siguióse un ¡ay! que se apagó en el viento,  
Y un momento despues del golpe duro  
En su recinto oscuro  
Solo guardaba sangre el aposento.



Cuando entró Blanca otra vez  
De la cena en el salon,  
Tranquilamente sentado  
Al peregrino encontró,  
Que la barba sobre el puño  
Y el codo sobre el sillón  
Una canción castellana  
Entonaba á media voz.  
Tendió tras Blanca al sentirla  
El ojo escudriñador:  
Y viendo á su compañero  
Con ella entrar, sonrió.  
Y á él dirigiéndose al punto  
Con siniestra precaución  
"¿Cumplistes?"—dijo—y el otro  
—"Todo está ya" contestó.  
A cuya respuesta asiendo  
De su capa y su bordon,  
Con voz reposada á Blanca  
De aquesta manera habló:  
—Blanca mia, todo lo hice  
A medida de mi honor;  
Ya no te queda en la tierra  
Otro apoyo mas que yo;  
Ya no se opondrá tu padre,  
Dueño mio, á nuestro amor.  
Ya somos entrambos libres,  
Vamos, pues, donde otro sol  
Con mas benéficos rayos  
Alumbra para los dos.  
—¿Con que mi padre?...

—No puede

Ya oponerse

—Los pies voy

A besarle.

—Tente, Blanca,

Que es con una condición.

—¿Cuál?

—Que se esparza entre el vulgo

Con preparado rumor

Que él no consiente, y que huyes

Vencida á mi seducción.

Sígueme, pues, Blanca mia,

Que te juro por mi honor

Que si tus padres te vieran

Mudarian de intención.

—¿Ay! yo no sé peregrino

Que encanto hay en vuestra voz

Que á un mismo tiempo me halaga,

Y me hiere el corazón.

—Partamos, Blanca.

—Llevadme.

Donde gustáreis, señor,

Vos sois quien solo en la tierra

Cariño tal me mostró,

Y no creyera en el cielo

A poder dudar en vos.

Y siguiendo el ciego impulso

De su puro corazón,

Del bravo conde en los brazos

Blanca llorando cayó.

Tomóla en ellos el conde,

Y en el mas leve rumor  
De sus pisadas poniendo  
Esquisita prevision,  
Del castillo atravesaron  
Uno y otro corredor,  
Unos y otros aposentos,  
Y uno y otro caracol.  
Y así despacio llegando  
A la muralla exterior,  
El puente echaron, saliendo  
De tan lóbrega mansión.  
Cruzaron el parque aislado,  
Bordearon en derredor  
Un montecillo de abetos,  
Y hallando tras un peñón  
Dos caballos, que sin duda  
El peregrino apostó,  
Montaron á toda prisa,  
Y al repentino aguijón  
De la espuela se lanzaron  
En un escape veloz.  
De ellos en breves instantes  
Solamente se alcanzó  
La sombra, que de la atmósfera  
Se atenuaba entre el vapor;  
Y un punto negro, por último,  
Al lejos se oscureció,  
Quedando otra vez en calma  
La solitaria estension.

Y cuando al día siguiente,  
Ya casi al ponerse el sol,  
La gente que en el castillo  
Quedaba se despertó,  
Vió asombrada que su sueño  
Tan tenaz, fué en conclusion  
Obra del fatal narcótico  
Que el peregrino les dió.  
En vano desatentados  
Por uno y otro salón  
En busca de ambos corrieron  
Con iracundo furor;  
Al aposento llegando  
De Argentina y del barón,  
Solo hallaron sus cadáveres,  
Cuya vista daba horror.

#### CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos  
Luminarias se encendian,  
Dulces músicas se oian  
Y alegres danzas se querian;  
Y á las puertas del palacio  
La multitud agolpada,  
Pedia desaforada  
La nueva condesa ver.  
En tanto tras de los vidrios  
De sus calados balcones,

De los suntuosos salones  
Irradiando el resplandor,  
En cuadros de luz brillante  
En la plaza se pintaban  
Y mil sombras los cruzaban  
En tropel encantador.

Y esto que via la turba  
El gozo ageno envidiando,  
Desde la plaza gritando  
Seguia con doble afán,  
Cubriendo á veces el ruido  
De sus múltiples acentos  
El son de los instrumentos,  
Que dentro sonando están.

Se abrió por fin á sus voces  
Un balcon en el palacio,  
Colocáronse en su espacio  
Dos personas á la vez,  
Y conociendo á sus condes  
Rompió á una voz de repente  
En un aplauso la gente  
Espontáneo y sin doblez.

—"¡Viva el conde de Castilla!"

Gritaba la muchedumbre,  
Y allá del aire en la cumbre  
Se oia el ¡viva! sonar;

—"¡Viva la condesa Blanca!"

Gritando el pueblo seguia,  
Y allá en el viento se oia  
¡Blanca! ¡viva! retumbar.

Y al son del aplauso ronco  
En el balcon recostado,  
Así en tono sosegado  
El conde á su esposa habló:  
"Blanca, á la infame Argentina  
"Del mismo modo aplaudieron,

"Y al cabo la maldijeron,  
"Y al cabo la maté yo.  
"Pues tan de lejos te traje  
"Para sentarte en su silla,  
"Haz que se olvide en Castilla  
"Quien la ocupó antes que tú:  
"Que de otro modo, condesa,  
"De mi trono hereditario  
"No será mas que un sudario  
"El pabellon de tisú."

Dió el conde un ósculo amante  
En la mejilla á su esposa,  
Y los ojos ruborosa  
La bella Blanca bajó;  
Aplaudió la turba al punto  
Tan cortés galanteria,  
Y al son de su vocería  
El conde el balcon cerró.  
Siguió el placer con la fiesta  
Prolongado hasta la aurora,  
Y de Castilla señora  
Quedó Blanca desde allí.  
Y de la torpe Argentina  
Borrada al fin la memoria,  
Se guareció de la historia  
De donde á sacarla fuí.

Lector: Si has visto con gusto  
Como mis lindas francesas  
Vinieron á ser condesas,  
Por un bizarro español,  
Léelas, cómpralas y apláudelas,  
Y los cielos son testigos,  
De que quedamos amigos  
Para mientras dure el sol,